

POR esta nuestra andariega Galicia, donde aún quedan bastantes «corredoiras» y unas cuantas carreteras que arreglar (ya nos lo dice Jei en su canción «Sr. Ministro»), una cantante castellana y un vivariense, casi como antaño hacían los cómicos de la legua, han llenado de polvo sus trajes y de ansia sus gargantas, para llevar a nuestras gentes un eco de ellas mismas, de su grito original, de su drama íntimo, enmascarado por tanta populachera propaganda y tanto pseudoarte estandarizado; es decir, ni más ni menos, un eco de su dignidad humana adormecida o semiadormecida en las engatusadoras brumas de los veranos enturistados y envasados «ad hoc» para el consumo.

Las nuevas canciones castellana y gallega, fenómenos, en su germen, paraclos a la «nova cançó» catalana, aunque sin la financiación y el apoyo de la burguesía, como en Cataluña, se han ido abriendo camino como han podido. La primera partió hace unos ocho años del grupo Canción del Pueblo, del que se desgajaron nombres hoy de sobra conocidos, como Elisa Serna, Hilario Camacho, la propia Julia León, y en cuya línea se encuentra actualmente también Luis Pastor. La segunda nació en el ya mundialmente célebre 1968, en las aulas de la Facultad de Medicina de Santiago, bajo el apelativo de «Voces ceibes», de la cual hornada es hoy Miro Casabella el que tiene hecha una labor más completa y también el más conocido allende nuestras fronteras. Después surgieron, en ambas, nuevos valores; tal el caso de Jei Nogueroles en la gallega, cuyo quehacer, aunque él reconoce el ejemplo de «Voces ceibes» como catapulta, está alcanzando matices de auténtica calidad personal.

Que en verano dos de los más genuinos intérpretes de ambas canciones hayan recorrido gran parte de Galicia a pecho descubierto y contra viento y marea me parece importantísimo por diversos factores: por la calidad humana y artística de lo que escuchamos, por el interés y el asombro que se despertó en un público prácticamente desconocedor y por la serie de dificultades burocráticas, socioeconómicas, etc., que hubo que superar para llegar al fin... del comienzo del largo recorrido, de ser eco de un tiempo y un pueblo.

Preludiada yo desde las páginas de «El Ideal Gallego», de La Coruña, los obstáculos que se presentaban ante una gira de este género, retomando los lógicos temores de la propia Julia y del



Julia León, una voz grave, pero clara, como deben ser los ecos de la meseta.

JULIA LEON Y JEI NOGUEROL POR LOS CAMINOS DE GALICIA

*Voa, voa, miña anduriña,
voa, voa, alende do mar,
vai de presa e non pares nunca,
non te pares hastra chegar.
Dille a Galicia que non esquezo*

*que deixei quente o meu lar.
Nuestra tierra vacía
y gente sin lugar,
buscan de dónde vienen,
buscan dónde van.*

JEI NOGUEROL

JULIA LEON

propio Jei, ante la evidencia de que todo se puede ir al traste en cualquier momento sin el apoyo de un público concienciado y de los organismos culturales; había además el miedo de que tal unión castellano-galaica fuese mal interpretada, por aquello de la colonización cultural de Castilla sobre las demás regiones españolas. Pero tales dudas se disiparon por completo a lo largo de las actuaciones, en las que se pudo constatar la entrega y el entusiasmo gradual de unos auditores no excesivos, pero sí suficientes, que sentían vivo y suyo el mensaje que se les transmitía. Por otro lado, se aclararon posiciones, y creo que todo el mundo entendió que los problemas de fondo de los pueblos gallego y castellano actuales son semejantes y que hay una colonización mucho más

reciente y peligrosa: la angloamericana.

Se dilucidó así la necesidad de encontrar nuestras propias raíces, desenterrando la música popular de calidad para oponerla a los horterismos y mistificaciones oficiales y programadas, y tener una base sobre la que engendrar «nuestra» verdadera música

Anxeles Penas

del futuro, aquella que cumpla la función que desde siempre tuvo este arte: la de ser expresión gratificadora de las aspiraciones, los sufrimientos y los sueños de un pueblo.

La idea de aunar los diversos movimientos musicales de cara al pueblo, cuando aún vacilan, sur-

gió, allá en la Barcelona de los inmigrados, de Kiko de Cariño, músico itinerante y «manager» de las causas perdidas del pueblo y de la buena música. Allí conoció a Jei, en el inevitable Centro Gallego, y a Julia, con motivo de musicar ambos una película italiana sobre la emigración.

Desde este modo, dos cantantes tan distintos, tan como polares, nos han dado dos versiones del mismo problema medular de nuestra España. Recia y profunda, Julia, con una voz capaz de hacer los registros más extremos, para adecuarse a los diferentes estados de ánimo, desde la caricia al alarido, pasando por frecuentes asomo de quevedesco sarcasmos; voz grave, pero clara, como deben ser los ecos de la meseta: directos, sin interferencias, cabalgando por los anchos páramos

nasta estrellarse en los montes y bajar hechos dardos hasta las vísceras. Lírico e irónico, Jei, según corresponde a la ya larga tradición gallega, desde las cantigas del rey Sabio, hasta hoy; su voz es también como nuestro paisaje y nuestras rías: sinuosa, arrastrada, un tanto gutural y como fatigada, porque son ya muchos los siglos, mucho el peso de la diáspora y la ignominia, pero muchos los defensores anticuerpos de humorismo segregados por un pueblo sentimental y sabio; y Jei es un digno representante de ese pueblo, con una tarjeta de identidad diáfana, un auténtico poeta-rapsoda popular, como lo demuestra desde la hermosísima descripción de su «paraíso perdido»: «Era un cacho de mar que bicaba a terra/eran cauro casañas que tomaban o sol...»; pasando por su nostalgia de inmigrante: «Dille a Galicia que non esquezo/que deixéi quente o meu lar...», por su rebelión ante la exigencia injusta: «Dixenlles que non sabía fecerlle o conto a ningún...»; por la denuncia de una situación agónica: «... cando os botes na praia xa se iban moirando/e non había redes que fixeran o amor/antre o ceo, antre o mar, mentras zoaba o vento/naide agarda á xente nova que un mal día se foi...»; hasta la petición de «reencuentro» con la tierra: «Recordarásille, anduriña/, o que dixó Castelao/todos dentro ou todos fora/pero non metá e metá».

Es curioso constatar las concomitancias que puede haber en cantores tan disímiles, a causa de reflejar parecidas situaciones: el desarraigo, las tierras vacías, la rebelión ante las injusticias; y si Jei nos hablaba de un pueblecito marinero abandonado, Julia nos transmite el documento dramático de la agonía de Castilla, versificado por un muchacho de quince años, el vallisoletano Angel Rey: «... la Castilla del hocino/ se ha dormido, se ha perdido»; pero Julia nos cuenta, además, la opresión secular de la mujer en una sociedad machista; y Jei tiene algo que ella no manifiesta, tal vez porque responde a una constante gallega: la expresión de un amor, que, más que humano, es una necesidad de comunión pan-teísta con la Naturaleza: «... ¿queres ser mar de meu río», o bien «saudade» cósmica: «Sintote no meu corpo e non te teño...».

La gira ha sido rica en resonancias y ha estado rodeada de numerosos hechos sociológicamente reveladores que no procede aquí narrar; su importancia viene dada por el hecho de que era la primera que en estas latitudes daba cima a un ciclo tan amplio

de actuaciones que «se cumplieron» en su totalidad, por llegar a muy diversos públicos: estudiantes, marineros, labriegos, obreros...; y porque no sólo la gran urbe: La Coruña, Orense, Ferrol..., sino los pueblos: Sada, la Rúa Petín, Perlo, Cariño..., o incluso aldeas, como San Román do Val, han podido beneficiarse de ella.

Distintos los públicos, diferentes las reacciones: matizador el de Puentedeume, enfervorizado hasta el colapso el de El Ferrol, asombrado el de San Román, donde ni los más viejos recordaban acontecimiento semejante; allí fue preciso que músicos y compañía adentraran un viejo salón de baile, abandonado y dedicado a almacén de patatas para poder actuar, terminando el acto en una verdadera fiesta popular que la gente pedía se repitiera cada mes; también hubo entusiasmo en A Pedra, pueblo próximo a Cariño..., y, en general, por todas partes, entrega y expectación. Conviene destacar la retransmisión en directo para toda Galicia que Radio Popular hizo en una discoteca de Orense, y la preocupación y el apoyo continuos de los medios de difusión, tanto de la prensa como de la radio. Importante fue también la actuación de Jei en el parque de Castrelos, de Vigo, ante 15.000 personas, con otros cantantes gallegos, entre los que se encontraba Miro. Revelador el hecho de que los músicos que venían acompañando temporalmente a Jei: Oique, uruguayo, guitarra baja, que ya ha tocado con Lluich Llach, y Zarita, alicantino, guitarra eléctrica y acústica, emocionados por ver la labor popular que se estaba haciendo, olvidaron las exigencias de los músicos profesionales para ayudar en el trabajo de equipo, quedando dispuestos a participar de los riesgos y penalidades de futuras giras.

Gracias, pues, a Jei y Julia hemos podido escuchar no las vaciedades de siempre con efectistas orquestaciones, ni los «grandes mensajes» con músicas más o menos ratoneras, sino la palabra entrañable, directa y sencilla, comprometida con el diario batallar. Mucho sería decir que estos muchachos han triunfado; si ellos aspirasen a los frívolos triunfos de los divos y cantamañanas de los «hit-parade», entonces habría que reconocer que su recorrido fue un fracaso; pero yo, que he seguido íntimamente de cerca los avatares de su patear, puedo emitir un grito que me sale del alma, un tanto a contratiempo, como en una ocasión hiciera el enormísimo Rilke: «¿Quién habla de victorias? Sobreponerse es todo» ■



Escena de la alegría popular ante la proclamación de la Constitución de 1812, que más tarde Fernando VII traicionase.

LA CONSTITUCION DE 1812

Eduardo de Guzmán —recientemente galardonado con el Premio Internacional de Prensa— analiza en este trabajo el principio de la vida parlamentaria española y las sucesivas constituciones promovidas en nuestro país. Si la de 1812 hubiese podido tener una realización adecuada y no se truncara por la gestión de Fernando VII, no sólo se hubieran evitado tres sangrientas guerras civiles, sino que la convivencia española se hubiese estructurado de otra manera.



Portada de la edición que contenía las disposiciones legales de la Constitución, primera que se organizaba en España.

LEALO
EN EL NUMERO 10 DE
TIEMPO de HISTORIA